

EL NIÑO INVISIBLE

La vieja tomó el cucharón de hierro y la rana momificada y le dio un golpe y la pulverizó, y le habló al polvo mientras lo desmenuzaba rápidamente en sus puños de piedra. Los abalorios de sus grises ojos de pájaro chispeaban cada vez que miraba la cabaña. Una cabeza desaparecía entonces en la ventanita como si la vieja le hubiese disparado un tiro. — ¡Charlie! -gritó la vieja-. ¡Sal de ahí! ¡Estoy preparando una magia de lagarto para abrir esa puerta herrumbrosa! ¡Sal ahora y no estremeceré la tierra ni haré arder los árboles ni que el sol se ponga a mediodía! No se oía otro sonido que el de la cálida luz de la montaña en los terebintos, una ardilla copetuda que daba vueltas y vueltas sobre un verde tronco mohoso, las hormigas que se movían en una delgada línea castaña, a los pies desnudos y de venas azules de la vieja. — ¡Hace dos días que estás ahí muriéndote de hambre, condenado! -jadeó la vieja, haciendo sonar el cucharón sobre una piedra chata. Los golpes sacudían la bolsa gris de los milagros que le colgaba de la cintura. Un sudor agrio le corría por la cara. Se incorporó y fue hacia la cabaña, con la carne pulverizada en la mano-. ¡Sal de ahí! -Echó una pizca de polvo en el interior de la cerradura-. Muy bien, ¡iré a buscarte! -resolló. Hizo girar el pestillo con una mano de color de nogal, primero hacia un lado, luego hacia el otro. — Oh, Señor -entonó-, ¡ábreme esta puerta! Nada se abrió, y la vieja añadió otro filtro y retuvo el aliento. Su larga y sucia falda azul susurró mientras miraba en la bolsa de sombra buscando algún monstruo escamoso, algún encantamiento de mayor poder que la rana que había matado meses atrás para una crisis como ésta. Oyó la respiración de Charlie junto a la puerta. Sus padres habían escapado a alguna ciudad de Ozark en los primeros días de aquella semana, abandonándolo, y Tom había corrido diez kilómetros hasta la casa de la vieja. Ella era una especie de tía o prima, y a él no le importaban sus hábitos. Pero luego, hacia dos días, la vieja se había acostumbrado ya a la compañía de Charlie, y había decidido quedarse con él. Le había pinchado el delgado hueso del hombro, había chupado tres perlas de sangre, y las había escupido por encima del hombro derecho, clavando al mismo tiempo la mano izquierda en el cuerpo del chico y gritando: — ¡Mi hijo eres, eres mi hijo, para toda la eternidad! Charlie, saltando como una liebre asustada, se había lanzado de

cabeza a un matorral, decidido a volver a su casa. Pero la vieja, escurriéndose como una lagartija, lo había acorralado, y Charlie se había metido entonces en la vieja cabaña y no quería salir, aunque ella golpeará la puerta, la ventana o algún agujero en la madera, o preparase sus hogueras rituales, explicándole que él era ahora realmente su hijo, sin discusión. — ¿Charlie, estás ahí? -preguntaba la vieja abriendo agujeros en la madera de la puerta con sus brillantes ojitos astutos. — Estoy aquí -respondió Charlie al fin, muy cansado. Quizá Charlie caería al suelo en cualquier momento. La vieja movía esperanzadamente el pestillo. Quizás había puesto demasiado polvo de rana y había atascado la puerta. Ella ponía siempre un poco de más o un poco de menos en sus milagros. Nunca los hacía exactamente. ¡Al diablo con ellos! — Charlie, sólo quiero charlar con alguien de noche, alguien para calentarme con él las manos al fuego. Alguien que me traiga la leña a la mañana, y cuide las chispas que salen de los troncos verdes. No pretendo aprovecharme de ti, hijo mío, sólo quiero tu compañía. -La vieja chasqueó la lengua-. Algo más, Charles, ¡si sales te enseñaré cosas! — ¿Qué cosas? -desconfió Charlie. — Te enseñaré a comprar barato y vender caro. A cazar una comadreja, cortarle la cabeza, y guardártela caliente en el bolsillo. ¡Esas cosas! — Bah -dijo Charlie. La vieja habló más de prisa. — Te enseñaré a protegerte de los tiros. Si alguien te disparase con una escopeta, no te ocurriría nada. Charlie guardó silencio, y la vieja le comunicó otro secreto con un murmullo agudo y tembloroso. — Te enseñaré a desenterrar e hilvanar raíces de miosotis en viernes a la luz de la luna, y llevarlas como un collar envueltas en seda blanca. — Estás loca -dijo Charlie. — Te enseñaré a parar la sangre o paralizar a los animales o devolver la vista a caballos ciegos. ¡Te enseñaré a curar vacas empachadas o desencantar cabras! ¡Te enseñaré a hacerte invisible! — Oh -dijo Charlie. El corazón de la vieja golpeó como una pandereta del Ejército de Salvación. El pestillo se movió desde adentro. — Te burlas de mí. — No, no -exclamó la vieja-. Oh, Charlie, imagínalo, te haré como una ventana, se podrá ver a través de tu cuerpo. ¡Te sorprenderás, Charlie! — ¿Realmente invisible? — ¡Realmente invisible! — ¿No me pegarás si salgo? — No te tocaré un pelo, hijo mio. — Bueno -dijo Charlie de mala gana-, muy bien. Se abrió la puerta. Charlie estaba descalzo, cabizbajo. — Hazme invisible -dijo. — Primero tenemos que cazar un murciélago -dijo la vieja-. ¡Busquémoslo! Le dio a Charlie un poco de carne salada para que calmara su hambre y miró cómo subía a un árbol. Charlie subió

y subió y era agradable verlo y era agradable tenerlo luego de tantos años de soledad, sin nadie a quien dar los buenos días sino los excrementos de los pájaros o las huellas plateadas de los caracoles. Muy pronto un murciélago con el ala rota caía del árbol. La vieja lo atrapó al vuelo. El animal aleteaba y chillaba entre sus brillantes dientes de porcelana, y Charlie cayó detrás, tomándose las manos, gritando. Aquella noche, cuando la luna pacía en los conos fragantes de los pinos, la vieja sacó una larga aguja de plata de entre los pliegues de su ancha falda azul. Excitada, expectante, alzó el murciélago muerto y apuntó firmemente, firmemente, con la aguja. Había advertido hacía tiempo que a pesar de los sudores, las sales y los azufres, sus milagros fracasaban siempre. Pero soñaba aún que un día los milagros empezarían a realizarse, se alzarían en flores escarlatas y astros plateados para probar que Dios le había perdonado el rosado cuerpo y los rosados pensamientos y el cálido cuerpo y los cálidos pensamientos de la juventud. Pero hasta ahora Dios no había mostrado ninguna señal, ni había dicho una sola palabra, aunque nadie lo sabía sino la vieja. — ¿Listo? -le preguntó a Charlie, que se había acurrucado con las rodillas cruzadas, envolviéndose las piernas con los brazos de piel de gallina, y abría la boca. — Listo -murmuró Tom, estremeciéndose. — ¡Ahora! -La vieja hundió profundamente la aguja en el ojo derecho del murciélago muerto-. ¡Ya! — ¡Oh! -gritó Charlie tapándose la cara. — Ahora lo envuelvo en un pañuelo de algodón, y tómallo, pónelo en el bolsillo, y guárdalo ahí con murciélago y todo. ¡Vamos! Charlie se guardó el talismán. — ¡Charlie! -gritó la vieja asustada-. Charlie, ¿dónde estás? ¡No puedo verte! — ¡Aquí! -Charlie saltó de modo que la luz le corrió en rayas rojas sobre el cuerpo-. ¡Estoy aquí, vieja! - Se miró asombrado los brazos, las piernas, el pecho, los pies-. ¡Estoy aquí! Los ojos de la vieja parecían mirar un millar de luciérnagas que se entrecruzaban en el turbulento aire de la noche. — Charlie, ¡oh, qué rápido te fuiste! ¡Rápido como un colibrí! ¡Oh, Charlie, vuelve! — ¡Pero estoy aquí! -se quejó Charlie. — ¿Dónde? — ¡Junto al fuego! Y... y puedo verme. ¡No soy totalmente invisible! La vieja se balanceó con las manos en las flacas caderas. — ¡Claro que puedes verte! Todas las personas invisibles se ven a sí mismas. ¿Cómo si no podrían comer, caminar, o ir de un sitio a otro? Charlie, tócame, tócame para que yo sepa que estás ahí. Charlie extendió una mano torpe. La vieja pretendió saltar, sobresaltarse. — ¡Ah! — ¿Quiere decir que no puedes encontrarme? - preguntó Charlie-. ¿De veras? — ¡Ni un pedacito de ti! La vieja se volvió hacia

un árbol y le clavó los ojos brillantes tratando de no mirar al chico. — Bueno, parece que esta vez he hecho un milagro-. Suspiró maravillada-. Oh. Nunca hice invisible a nadie con tanta rapidez. Charlie, Charlie, ¿cómo te sientes? — Como el agua de un arroyo... todo revuelto. — Te serenarás. Luego, tras una pausa, la vieja añadió: — Bien, ahora que eres invisible, Charlie, ¿qué vas a hacer? La vieja casi podía decir todo lo que había en la cabeza de Charlie. Aventuras que se alzaban y le bailaban como fuegos del infierno en los ojos; y la boca entreabierta hablaba de un niño que se imaginaba a sí mismo un viento de la montaña. Charlie habló como en sueños: — Correré por los trigales, subiré a los picos nevados, robaré gallinas blancas de las granjas. Patearé a cerdos rosados delante de la gente. Pellizcaré a hermosas niñas dormidas, y les tiraré de las ligas en los colegios. — Charlie miró a la vieja, y ella vio de reojo que algo perverso le transformaba la cara a Charlie-. Y haré otras cosas, otras cosas, sí -dijo el chico. — No intentes nada conmigo -advirtió la vieja-. Soy frágil como el hielo primaveral y no soporto que me golpeen. -Y en seguida añadió- : ¿Y qué harás con tus padres? — ¿Mis padres? — No puedes volver así a tu casa. Les darás un susto descomunal. Tu madre se caerá de espaldas como un árbol. ¿Piensas que les gustará tropezar contigo en la casa y que tu madre tenga que llamarte cada tres minutos, aunque estés en el mismo cuarto, a su lado? Charlie no había pensado en eso. Pareció apagarse y susurró un breve: - Oh-, y se tocó cuidadosamente brazos y piernas. — Te sentirás muy solo. La gente mirará a través de ti como si fueses un vaso de agua, y te golpearán pues no sabrán que estás ahí, delante. Y las mujeres, Charlie, las mujeres... Charlie tragó saliva. — ¿Qué pasa con las mujeres? — Ninguna mujer te mirará dos veces. ¡Y ninguna mujer querrá que la bese una boca que ni siquiera puede encontrar! Charlie hundió los desnudos dedos de un pie en la tierra, contemplativamente. — Bueno -dijo-, al fin y al cabo soy invisible por un hechizo. Me divertiré un tiempo. Tendré mucho cuidado, eso es todo. No me pondré delante de los carros y los caballos y papá. Papá dispara su escopeta en cuanto oye un ruidito. -Charlie parpadeó-. Bueno, papá hasta podría dispararme una andanada algún día, pensando que soy una ardilla que se metió en el patio. Oh... La vieja asintió ante un árbol. — Así es. — Bueno -decidió Charlie lentamente-. Me quedaré invisible esta noche y mañana puedes volverme como antes, vieja. — Siempre queriendo ser lo que no se puede -le apuntó la vieja a un escarabajo sobre un leño. — ¿Qué quieres decir?

-preguntó Charlie. — Trabajé mucho para hacerte invisible -explicó la vieja-. Me llevará un tiempo borrarlo todo. Es como borrar una capa de pintura, hijo. — ¡Tú! -gritó Charlie-. ¡Me hiciste esto! ¡Vuélveme como antes, hazme visible!

— Calma -dijo ella-. Te iré haciendo visible, pero por partes. Primero una mano, o un pie. — ¿Y qué pareceré andando por las lomas mostrando sólo una mano?

— Un pájaro de cinco alas que se posa en las piedras y los matorrales. — ¡O mostrando un pie! — Un conejito rosado que salta en la hierba. ¡O con una cabeza flotante! — Un globo peludo en la feria! — ¿Y cuánto tardaré en aparecer todo? -preguntó Charlie. La vieja pensó un rato y dijo al fin que quizás todo un año. Charlie gruñó, y se echó a llorar, mordiéndose los labios y apretando los puños. — Me encantaste, hiciste esto, me lo hiciste a mi. ¡Ahora no podré volver a casa! La vieja guiñó un ojo. — Pero puedes quedarte aquí, hijo mío. Vivirías aquí cómodamente y yo te conservaré gordo y sano. — ¡Me hiciste esto a propósito! -clamó el chico-. ¡Vieja bruja! ¡Para que me quedase contigo! Echó a correr entre los arbustos. — ¡Charlie, vuelve! No hubo otra respuesta que el sonido de los pasos de Charlie en la suave hierba oscura, y un húmedo sollozo que se perdió rápidamente a lo lejos. La vieja esperó y luego preparó el fuego. — Volverá -susurró, y pensando en sí misma se dijo-: Y ahora tengo compañía para la primavera y el invierno. Más tarde, cuando esté cansada de él y desee un poco de silencio lo mandaré de vuelta a su casa. Charlie volvió silenciosamente con el primer gris del alba, y se acercó a la vieja que se había acostado como una vara descolorida ante las desparramadas cenizas. Se sentó en las piedras de un arroyo y la miró fijamente. Ella no se atrevía a mirarlo, o a mirar por encima de él. El chico no había hecho ningún ruido. ¿Cómo podía saber ella que andaba por allí? Charlie siguió sentado en las piedras, con huellas de lágrimas en las mejillas. Fingiendo que despertaba -aunque no había podido conciliar el sueño desde el fin de la última noche- la vieja se incorporó gruñendo y bostezando, y volviéndose hacia el alba. — ¿Charlie? Los ojos de la vieja pasaron de los pinos al suelo, al cielo, a las lomas lejanas. Llamó a Charlie, una y otra vez, y sintió la tentación de quedarse mirándolo, como si no lo viese, pero se contuvo. — ¿Charlie? ¡Oh, Charles! -llamaba, y escuchaba como los ecos repetían el llamado. Charlie, de pronto, sonrió un poco, con una mueca, sabiendo que aunque él estaba allí, cerca de ella, la vieja debía de sentirse sola. Quizá sentía crecer en él un poder secreto, quizá se sentía seguro ante el mundo; indudablemente su invisibilidad lo

complacía. — ¿Pero dónde puede estar ese muchacho? -dijo la vieja en voz alta-. Si por lo menos hiciese un ruido y yo supiese dónde está exactamente, quizá podría servirle el desayuno. Preparó las vituallas de la mañana, irritada por la continua inmovilidad de Charlie. Ahumó el jamón en una vara de nogal. — Este olor lo arrastrará por la nariz -murmuró. Mientras estaba de espaldas, Charlie se acercó, arrebató el jamón y lo devoró rápidamente. La vieja se volvió gritando: — ¿Charlie, eres tú? Charlie se limpió la boca con el dorso de la muñeca. La vieja corrió por el claro, como si tratase de encontrar a Charlie. Al fin, fue rectamente hacia él, con las manos extendidas, como a tientas. — Charlie, ¿dónde estás? Como un relámpago, Charlie se hizo a un lado, saltando, esquivándola. La vieja tuvo que dominarse para no echar a correr detrás; pero no es posible perseguir a niños invisibles, así que se sentó, enfurruñada, farfullando, y se puso a freír más jamón. Pero cada vez que cortaba una lonja aparecía Charlie y se la llevaba del fuego, corriendo. Al fin, con las mejillas encendidas, la vieja gritó: — ¡Sé dónde estás! ¡Ahí! ¡Te oigo correr! -Señaló un punto cercano a Charlie, no demasiado cercano. Charlie corrió otra vez-. ¡Estás ahí ahora! -gritó la vieja-. ¡Ahí, y ahí! -Y apuntó a todos los lugares en que había estado los últimos cinco minutos. Te oigo doblar una brizna de hierba, romper una flor, quebrar una ramita. Tengo finas orejas de caracol, delicadas como rosas. ¡Puedo oír cómo se mueven las estrellas! Charlie trotaba silenciosamente entre los pinos, dejando la estela de su propia voz: — ¡No puedes oírme cuando estoy quieto en una roca! Charlie se pasó el día en el observatorio de una roca, golpeado por el viento claro, inmóvil, y chupándose la lengua. La vieja juntó leña en el bosque, sintiendo los ojos de Charlie en su espalda. Tenía deseos de gritar: "Oh, te veo, te veo. ¡Bromeaba cuando hablaba de niños invisibles!" Pero tragaba saliva y apretaba los dientes. A la mañana siguiente Charlie empezó a mostrarse rencoroso. Saltaba de detrás de los árboles, con caras de escuerzo, de rana, de araña, abriéndose la boca con los dedos, sacando los ojos, empujándose la nariz hacia atrás de modo que era posible verle el cerebro, cómo pensaba. En una ocasión la vieja dejó caer la leña. Fingió que un grajo la había asustado. Otra vez Charlie se acercó a ella con las manos abiertas como si fuese a estranglarla. La vieja se estremeció ligeramente. Charlie se acercó de nuevo como si fuese a patearle la pierna y escupirle la cara. La vieja soportó esto sin un pestañeo ni un movimiento de la boca. Charlie sacó la lengua, haciendo unos raros y feos ruidos. Movié las

orejas y la vieja tuvo que contener la risa. Pero al fin se rió y se justificó en seguida diciendo: — ¡Me senté en una salamandra! ¡Cómo saltó! Al mediodía aquella locura había llegado a alturas terribles. ¡Pues Charlie vino corriendo valle abajo totalmente desnudo! La vieja casi cayó de espaldas, escandalizada. — ¡Charlie! -estuvo a punto de gritar. Charlie corrió desnudo por una falda de la loma y bajó desnudo por la otra, desnudo como el día, desnudo como la luna, como el sol o un pollo recién nacido, con los pies brillantes y veloces como las alas de un colibrí que se desliza a ras de tierra. La vieja había encerrado la lengua en la boca. ¿Qué podía decir? ¿Charlie, vístete? ¿Ten vergüenza? ¿No hagas esas cosas? ¿Podía acaso? Oh, Charlie, Charlie, Dios mío. ¿Qué podía decirle ella? Lo vio bailar sobre una roca, saltando hacia arriba y hacia abajo, desnudo como en el día de su nacimiento, con los pies desnudos, golpeándose las rodillas con las palmas de las manos, y sacando y metiendo el estómago como un globo de circo que se infla y se desinfla. La vieja cerró fuertemente los ojos y rezó. Tres horas más tarde suplicó: — ¡Charlie, Charlie, ven! ¡Quiero decirte algo! Charlie cayó de alguna parte como una hoja otoñal, vestido de nuevo, gracias al Señor. — Charlie -dijo la vieja mirando los pinos-. Te veo el dedo pulgar del pie derecho. Ahí está. — ¿Lo ves? -dijo Charlie. — Sí -dijo la vieja muy tristemente-. Es como un escuerzo en el pasto. Y ahí está tu oreja izquierda, suspendida en el aire como una mariposa rosada. Charlie bailó. — ¡Me estoy formando! ¡Me estoy formando! La vieja asintió con un movimiento de cabeza. — ¡Ahí viene tu tobillo! — ¡Dame los dos pies! -ordenó Charlie. — Ya los tienes. — ¿Y mis manos? — Veo una que te sube por la rodilla como una araña. ¿Y la otra? — Te está subiendo también. — ¿Tengo un cuerpo? — Está asomando muy bien. — Necesito la cabeza para ir a casa, vieja. Para ir a casa, pensó ella con cansancio. — ¡No! -dijo, terca y enojada-. No, no tienes cabeza. ¡Sin cabeza! -gritó. Charlie quedaría así hasta el último momento-. ¡Sin cabeza! ¡Sin cabeza! -insistió. — ¿Sin cabeza? -gimió Charlie. — Oh, oh, Dios mío, sí, sí, ¡tienes tu condenada cabeza! -estalló la vieja-. ¡Devuélveme ahora el murciélago con la aguja en el ojo! Charlie le tiró el talismán. — ¡Jaaaa! ¡Yuuuu! El grito de Charlie corrió por el valle y mucho después de haber desaparecido camino de su casa, la vieja escuchó y escuchó sus ecos. Luego tomó su leña con una enorme y seca fatiga y emprendió la marcha hacia su choza, suspirando, hablando. Y Charlie la siguió todo el camino, realmente invisible esta vez, de modo que ella no podía verlo, sólo

oírlo, como una piña que cae desde un árbol, o una profunda corriente subterránea, o una ardilla que corre por un tronco; y junto al fuego, a la hora del crepúsculo, la vieja se sentó junto a Charlie, él totalmente invisible, y ella ofreciéndole una lonja de jamón que él no podía tomar, así que se la comía ella, y luego preparó algunos encantamientos y se durmió con Charlie, un Charlie de ramas y andrajos y guijarros, pero tibio aún y su hijo, verdaderamente su hijo, dormido y hermoso entre los estremecidos brazos de su madre... y hablaron de cosas doradas con voces somnolientas, hasta que lentamente, lentamente, el alba marchitó el fuego.